

CAPÍTULO SEXTO

LA SEGURIDAD REGIONAL: FACTORES DE ESTABILIZACIÓN E INESTABILIZACIÓN

LA SEGURIDAD REGIONAL: FACTORES DE ESTABILIZACIÓN E INESTABILIZACIÓN

JOSÉ LUIS CALVO ALBERO

INTRODUCCIÓN

Cuando se aborda el problema de la seguridad en Asia, el primer rasgo que salta a la vista es la forzada convivencia en el continente de tres grandes potencias, China, Rusia e India. Dos de ellas, China e India, son auténticos gigantes demográficos, cuya expansión económica está siendo además espectacular en las últimas décadas. El poder ruso tiene más que ver con su inmenso territorio, provisto de grandes recursos naturales, en gran parte aún no explotados.

Junto a ellos conviven otras potencias medias como Japón, Corea del Sur o Australia, cuyo poder está lejos de ser desdeñable. Japón, que es de hecho la segunda potencia económica mundial, solo se ve relegado del rango de superpotencia por las limitaciones impuestas por su Constitución al desarrollo de un instrumento militar acorde con su poder económico.

Contra lo que cabría esperar esta coincidencia de poderes no ha provocado de momento una gran conflictividad. Una de las razones para ello tiene que ver con los grandes espacios y las numerosas barreras naturales del continente asiático, que han reducido considerablemente la posibilidad de confrontación entre los grandes. Otras razones se relacionan con el relativo aislamiento en el que China e India han vivido durante gran parte de la Historia, la prioridad asignada a las cuestiones internas que caracteriza a la política china, y en menor medida a la de la India, así como la débil influencia del estado ruso sobre sus territorios asiáticos.

El hecho de que no se hayan producido graves conflictos directos entre las tres grandes potencias asiáticas, no significa que no compartan una visión geopolítica en la cual la posibilidad de un enfrentamiento está siempre

presente; o que los intereses de cada una de ellas no se hayan enfrentado alguna vez, a veces violentamente, en los conflictos que han sacudido la región. China, por ejemplo, siempre ha mantenido un abierto apoyo a Pakistán como elemento de neutralización del poder militar indio. Y la India a su vez ha establecido sólidos vínculos de cooperación militar con la URSS primero, y la Federación Rusa después, en un clásico ejercicio de alianza con aquel que se encuentre a la espalda del adversario. Incluso en ocasiones se han llegado a producir choques militares directos, de duración y entidad menores, como los enfrentamientos chino-soviéticos en el río Ussuri en 1969, o la breve guerra entre China e India en el Himalaya en 1962.

Así pues, la conflictividad en Asia en las últimas décadas, aunque importante, ha tenido poco que ver con el enfrentamiento entre sus grandes potencias regionales. Gran parte de los conflictos en el continente han tenido más relación con la definición y articulación de estados tras la descolonización, como es el caso del conflicto Indo – Pakistán, o los numerosos focos bélicos en el Sudeste Asiático. Otros conflictos han sido consecuencias tardías de la II Guerra Mundial, como es el caso de ambas Coreas; o secuelas de la desintegración de la URSS, como las numerosas crisis en Asia Central. Factores étnicos y religiosos están también detrás de numerosos conflictos desde Nueva Guinea hasta Sri Lanka, pasando por Tailandia, Birmania o Xinjiang. Y entre estos últimos destacan aquellos en los que, de una forma u otra, ha jugado un papel de relevancia la expansión de una visión muy conservadora y a la vez agresiva del Islam.

Parece inevitable que la tendencia a la competición entre las grandes potencias se acentúe en el futuro. La necesidad de asegurar los suministros de materias primas y tecnología con los que alimentar crecimientos económicos desbocados, como el de China, obligan a una visión regional mucho más competitiva. La posibilidad de que las grandes potencias asiáticas terminen de despertar de su letargo alarma además a las potencias medias de la región. Toda esta recuperación de la geopolítica más clásica en el continente asiático, que se ve acompañado de un rearme militar en algunos casos considerable, no augura un futuro pacífico para la región.

LAS POTENCIAS MILITARES DE PRIMER ORDEN Y SU RELACIÓN MUTUA

Rusia: El proveedor de tecnología militar

A caballo entre Europa y Asia, Rusia ha mantenido a lo largo de su historia una estrategia expansiva en ambos continentes. Esta tendencia

tradicional ha sufrido frecuentes crisis, y la más reciente fue la desintegración de la URSS, que supuso un golpe geopolítico devastador. Sin embargo, Rusia se debilitó en Asia mucho menos que en Europa. Ciertamente se perdió el control sobre los territorios de Asia Central, herencia del imperialismo zarista del siglo XIX; pero los estados que surgieron de esta segregación eran débiles, y no pudieron reforzar su independencia integrándose en organizaciones políticas y de seguridad regionales, como hicieron algunos de sus equivalentes europeos. Y aunque las relaciones de los estados de Asia Central con la Federación Rusa están sujetas a múltiples altibajos, la influencia de Moscú en la región continúa siendo en general dominante.

Los inmensos territorios asiáticos que se extienden a través de Siberia hasta el Pacífico continúan siendo rusos. Y es aquí donde Moscú cuenta con una de las principales fuentes de su poder actual y futuro: una abundancia de recursos naturales en gran parte inexplorada. También en estos territorios asiáticos Rusia muestra una de sus debilidades más preocupantes: la escasez de población. El despoblamiento de Siberia contrasta con el atestado territorio chino situado más al Sur, y ha provocado ya, de forma inevitable, un considerable flujo migratorio de un país al otro.

Del derrumbamiento de la URSS, Rusia heredó algo más que una situación política, económica y social desastrosa. Uno de los elementos positivos de la herencia fue el arsenal nuclear que garantizaba el status de superpotencia. Otro fue una red de infraestructuras centralizada que hacía a los estados surgidos en Asia Central muy dependientes económicamente de Rusia. Y otro más que, aunque las capacidades militares rusas quedaron bajos mínimos en los años 90, todavía se disponía de un nivel muy aceptable en tecnología militar.

La URSS era un proveedor tradicional de equipos militares para China. Sin embargo, cuando las relaciones entre ambos estados llegaron al borde de la ruptura en los años 60, el comercio de material de defensa se interrumpió. China continuó con su política de construir versiones nacionales de los materiales soviéticos, y el acercamiento a Occidente en los años 70 y 80 le permitió un acceso limitado a una tecnología militar superior. La URSS mantenía a su vez importantes relaciones comerciales con India, aprovechando que Nueva Delhi buscaba diversificar sus adquisiciones de equipo militar, ante el poco apoyo recibido de Occidente en su disputa con Pakistán.

Pero este esquema sufrió un dramático cambio cuando China vio vetadas las transferencias de tecnología militar occidental, como consecuencia de las sanciones tras la represión de los disturbios en Tian Anmen (1989). En los años 90, las sucesivas crisis en el Estrecho de Taiwán mostraron la precariedad de los sistemas militares chinos en comparación con sus equivalentes norteamericanos y forzaron a Pekín a recurrir a su antiguo proveedor de armas ruso. En la segunda mitad de los años 90, China adquirió materiales de última tecnología que Rusia todavía se encontraba en condiciones de proporcionar, desde aviones de combate SU-27 hasta sistemas de defensa aérea S-300 o aviones de alerta temprana (AWACS) IL-76 Mainstany.

Al mismo tiempo, Rusia ha continuado con sus exportaciones de tecnología militar hacia India, que también se vio afectada por diversos embargos occidentales a raíz de su programa nuclear. En ocasiones se ha proporcionado a las fuerzas armadas indias materiales que ni siquiera las propias fuerzas armadas rusas habían recibido todavía, como los modernos carros de combate T-90.

Así pues, Rusia se ha convertido en un proveedor esencial de tecnología militar y espacial a las otras dos grandes potencias asiáticas. Y este hecho, ha contribuido en gran medida al mantenimiento de su status de actor esencial en la región. También ha contribuido a crear la denominada «colaboración estratégica» entre Rusia y China, que en ocasiones se presenta como alternativa a la hegemonía norteamericana.

Sin embargo, esta línea estratégica presenta dudas y riesgos bastante claros para los intereses a largo plazo de la Federación Rusa. No hay duda de que las exportaciones de sistemas de defensa, han supuesto una importante fuente de ingresos para las arcas del Kremlin en periodos especialmente duros. Y también es preciso reconocer que Rusia ha encontrado en China un aliado para compensar lo que interpreta como excesos de la política exterior norteamericana. Pero un vistazo a la situación geográfica, económica y demográfica de Rusia y China parece mostrar a ambos estados más como rivales potenciales que como estrechos aliados.

Desde un punto de vista puramente geopolítico, parecería más lógica la alianza de Moscú con India en detrimento de China. Pero la situación puede complicarse un tanto en este aspecto, pues el gobierno de Nueva Delhi se acerca progresivamente a Washington, previendo que en la contención futura del poder chino en Asia, el mejor aliado no será Rusia, sino EEUU.

Así pues, la estrategia rusa en Asia en el campo de la seguridad parece demasiado orientada al corto plazo. Pero la situación de la Federación Rusa fue tan desesperada a finales de los años 90 que se aprovechó cualquier vía que pudiese alejar la posibilidad de una catástrofe. En un futuro cabe esperar que esta estrategia se equilibre, diversificando las relaciones con otros actores en la zona, como Vietnam o el propio Japón, con quien la Federación Rusa mantiene un contencioso sobre las islas Kuriles que se remonta a la II Guerra Mundial.

En cualquier caso, la posición estratégica de Rusia en la zona es a corto plazo sólida. Beijing mantiene muchos intereses comunes con Moscú, desde la contención de la penetración norteamericana en la zona, hasta el comercio de productos energéticos y tecnología militar, pasando por la contención del islamismo radical en Asia Central. La penetración norteamericana en Asia Central, consecuencia en parte del conflicto en Afganistán, no lleva un rumbo favorable, y Moscú sigue ejerciendo una influencia notable en las antiguas repúblicas soviéticas. Por añadidura, los enormes recursos de Siberia están en gran parte todavía por explotar y, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares del planeta, la posibilidad de un aumento de temperaturas debido al cambio climático sería una bendición para los intereses rusos, convirtiendo vastas extensiones de territorio siberiano en tierras cultivables, y facilitando tanto el acceso a los recursos mineros como las comunicaciones terrestres y marítimas en la región.

China: la superpotencia emergente.

China es la superpotencia en ciernes por excelencia. Actualmente se ha convertido en la tercera potencia económica del mundo, y es cuestión de pocos años que supere a Japón convirtiéndose así en la segunda. En la escena internacional el papel de China comienza a ser clave, después de siglos de pasividad y aislamiento. Pero al mismo tiempo su potencial, consecuencia en gran medida de su inmensa población, es de tal magnitud que existen serias dudas sobre si permitirá la articulación de un estado moderno viable.

En el aspecto de la seguridad, China ha sido siempre una potencia un tanto atípica. El poder militar ha sido tradicionalmente muy secundario, y los gobernantes chinos rara vez se han visto tentados por el expansionismo propio de los imperios europeos. No es que China no se haya expandido a lo largo de la Historia, pero siempre lo ha hecho

como parte de una estrategia defensiva, buscando proteger el área de los grandes valles que constituye el núcleo del territorio de la China tradicional.

Actualmente, pese a los cambios económicos y sociales en el país, la estrategia de seguridad china mantiene las líneas maestras señaladas por Mao Zeo Dong, que a su vez son las mismas que marcaba el movimiento nacionalista chino de principios del siglo XX. Después de más de cien años de enormes convulsiones internas y humillaciones a manos de sucesivas potencias extranjeras, China debe recuperar su integridad territorial, entendida no como el territorio habitado por las etnias chinas, sino como el necesario para garantizar la seguridad del estado.

En la persecución de este objetivo, China ha avanzado considerablemente. Ya en los años 50, el Ejército Popular de Liberación terminaba con la breve aventura independentista del territorio fronterizo de Xinjiang, y poco después invadía el Tibet, otro territorio de frontera que los emperadores de Beijing habían controlado de forma intermitente. En los años 90, con una China empeñada ya en una transformación radical, se recuperaron los últimos enclaves coloniales de Macao y Hong Kong, si bien este último con unas exigentes condiciones para la transición.

Queda el problema de Taiwán, y éste se ha convertido en una auténtica obsesión tanto para la política exterior como para la estrategia militar china. La isla no sólo representa una dolorosa división territorial y política, sino también un peligroso ejemplo que el régimen comunista no puede tolerar. Y también un considerable beneficio económico, caso de que los gobernantes de la isla terminen por decidir el regreso al redil de la China continental.

En todo caso, la posibilidad de que una crisis en el Estrecho de Taiwán llegue a provocar una intervención norteamericana, como ya ocurrió en 1996, ha sido el supuesto principal que ha guiado la modernización de las fuerzas armadas chinas en la última década. Sin embargo, Beijing se ha planteado una estrategia a largo plazo respecto a la isla. En pocas palabras podría resumirse diciendo que el gobierno chino estaría dispuesto a utilizar la fuerza si Taiwán intentase romper definitivamente cualquier lazo de identidad con el continente. Pero mientras tanto prefiere aplicar una política de apaciguamiento, en espera de que el propio desarrollo económico y social de China continental convierta la reintegración en la posibilidad más favorable para Taiwán.

Pero aparte de la recuperación de la integridad territorial, el régimen chino hace frente a serios problemas de seguridad interior. Las recientes revueltas en Tibet y Xinjiang han mostrado que se trata de territorios cuya población todavía puede oponerse violentamente a su dependencia de Beijing. Y especialmente al creciente flujo migratorio de ciudadanos de etnias china con el cual el régimen espera modificar la composición étnica de ambas provincias, por lo demás escasamente pobladas.

Sin embargo, el riesgo que más temen las autoridades chinas es el de una explosión social, provocada por la enorme brecha abierta entre la población de las prósperas ciudades del Este y la masa de míseros campesinos que conforma todavía la mayoría de la población del país. Y la sombra de otro Tian Anmen, con élites urbanas manifestándose por la democratización del régimen, también ocupa un lugar en las pesadillas de los dirigentes de Beijing.

Todo este cúmulo de problemas de articulación y equilibrio de un estado inmenso, y todavía muy atrasado en algunos aspectos, hace que la mayor parte del esfuerzo en seguridad realizado por el régimen chino se oriente hacia el interior. Pero, al igual que ha ocurrido con otras superpotencias a lo largo de la Historia, la propia dinámica expansiva de la economía y la sociedad china obliga a que el interés estratégico se desvíe progresiva e inevitablemente hacia el exterior. La sobrecalentada economía del país necesita flujos constantes y seguros de materias primas, tecnología e inversiones, así como libre acceso a mercados exteriores. Y eso obliga al régimen chino a mostrarse cada vez más activo en la gestión de la seguridad exterior. Como consecuencia, ha comenzado a hacerse habitual la antes insólita imagen de tropas y buques de guerra chinos empeñados en operaciones de estabilización o vigilancia marítima muy lejos de las fronteras del país.

Con Rusia al Norte, India al Sur, Japón al Este y la sombra de Australia en el Sudeste, China carece del «esplendido aislamiento» del que han gozado superpotencias anteriores como Gran Bretaña o EEUU. De hecho, tiene muy complicado llegar un día a ejercer la hegemonía global con el grado de libertad de acción del que ha disfrutado este último. Pero puede que China tampoco desee eso. La estrategia del gigante asiático es de momento modesta, poco agresiva y orientada al largo plazo. Queda por ver si la exigente dinámica en la que se ven envueltas todas las grandes potencias emergentes permite mantener esos fundamentos estratégicos por mucho tiempo.

India: El contrapeso natural de China

El estado indio se compara frecuentemente con China, y se considera que ambos son modelos de un nuevo tipo de superpotencias del milenio naciente. Estados con una población inmensa y socialmente desequilibrada, capaces tanto de proyectar un poder inmenso como de colapsarse en medio del caos.

India dispone de algunas ventajas sobre China. La más evidente es que se trata de una democracia: la mayor del mundo. Y eso le proporciona una legitimidad internacional que el régimen de Beijing no puede sino envidiar. Además, una parte de la sociedad india disfruta de un excelente nivel de preparación técnica y científica. La tradicional fama de los matemáticos indios se ha trasladado ahora al campo de la informática.

Pero existen también considerables desventajas. En primer lugar la población del país es enormemente heterogénea, fragmentada en etnias, religiones y castas sociales muy poco permeables. La desigualdad económica es también inmensa, con unos porcentajes de población sumida en la pobreza absoluta muy superiores a los de China. Y como consecuencia de esta falta de coherencia interna, el país se ve sacudido por toda una serie de conflictos armados, desde Cachemira hasta Assam, pasando por los diversos grupos insurgentes maoístas.

Al igual que ocurre con China, la definición de fronteras seguras y la construcción de un estado viable han sido la principal preocupación de los dirigentes indios. Pero los sucesivos gobiernos de Nueva Delhi se han encontrado siempre con dificultades para conseguir el primero de esos objetivos, muchas de ellas consecuencia de la endémica rivalidad con Pakistán. Ese enfrentamiento, cuyo elemento más conocido es la disputa por la región india de Cachemira, le ha supuesto a India tres guerras bastante costosas, aparte de múltiples crisis menores y un despliegue permanente de fuerzas militares en la frontera común. Y el conflicto ha convertido además a ambos estados en potencias nucleares, con la más alta probabilidad en el mundo de que el uso de sus arsenales nucleares llegue a materializarse.

Pero las disputas no sólo se han producido con Pakistán. Con China existe un contencioso similar al de Cachemira, acerca de los territorios de Aksai Chin y Arunachal Pradesh en el Himalaya, que se tradujo en un conflicto breve pero sangriento en 1962. Las fuerzas armadas indias se vieron también envueltas en el endémico conflicto de Sri Lanka, ya que existía un riesgo de que la rebelión de la etnia tamil en la isla pudiera extenderse a los 50 millones de tamiles que habitan en el sur de la Península

Indostánica. Y la experiencia no fue demasiado positiva, con centenares de bajas, una retirada forzada y una venganza tamil que se materializó en el asesinato del ex primer ministro Rajiv Gandhi.

En las últimas décadas, el gran crecimiento demográfico de la población india, y su no menos espectacular desarrollo económico ha colocado el país como contrapeso natural del auge chino. Esto ha hecho que otras potencias, también preocupadas por la creciente potencia de Beijing cortejen a Nueva Delhi. Se ha mencionado ya el tradicional apoyo recibido de la URSS primero y Rusia después en equipamiento de defensa, así como en tecnología nuclear y espacial. Pero EEUU también se ha acercado últimamente a Nueva Delhi, con un acuerdo de cooperación para el uso civil de la energía nuclear, superada ya la tensión que provocaron las pruebas nucleares indias de 1996.

Curiosamente la rivalidad con China no se materializa ya en la frontera común, sino en el control de las rutas marítimas que desde Europa, África y el Golfo Pérsico atraviesan el Índico hacia el Pacífico. Y en ese escenario, que ya había sido testigo de una cierta rivalidad naval entre India y Tailandia, es donde la incipiente presencia de buques y bases chinas está haciendo saltar todas las alarmas de la seguridad india.

Japón: La recuperación del papel de potencia militar regional

Suele calificarse a Japón como gigante económico y enano militar. Lo primero sin duda es cierto, pero lo segundo es más relativo. No cabe duda de que la Constitución japonesa posterior a la II Guerra Mundial ha limitado sobremedida la construcción de un poder militar acorde a las capacidades económicas del país. De hecho, las fuerzas armadas japonesas se denominan fuerzas de autodefensa, y carecen de sistemas de armas considerados puramente ofensivos, como portaaviones o bombarderos. Y el presupuesto nacional de defensa nunca se ha separado mucho del 1% del PIB. Pero el 1% del PIB japonés supone casi 50.000 millones de dólares, lo que resulta suficiente para construir unas notables capacidades defensivas.

Las capacidades de defensa aérea, por ejemplo, son superiores a cualquier otra en Asia, incluyendo cazas F-15J, sistemas navales AEGIS (1), apa-

(1) El AEGIS es un sistema de detección y gestión de objetivos, diseñado identificar todo tipo de amenazas aéreas sobre una flota y gestionar su neutralización, asignando cada objetivo a un sistema de armas en función de su peligrosidad y características técnicas.

ratos AWACS (2) Grumman E-2 y sistemas antiaéreos y antimisil Patriot PAC-3. La rama naval dispone también de notables capacidades antisubmarinas, y las fuerzas terrestres disponen de un equipo perfectamente comparable en cantidad y calidad al de los más potentes ejércitos europeos.

Japón se ha hecho progresivamente consciente de la necesidad de aligerar las restricciones a su poder militar, y recuperar en cierta medida su papel de potencia militar regional. En este nuevo enfoque ha influido por un lado la permanente amenaza de una Corea del Norte de reacciones difíciles de prever, y el progresivo crecimiento del poder militar chino. Pero también hay que tener en cuenta la creciente incomodidad de Tokio hacia la dependencia defensiva de EEUU, mantenida desde la II Guerra Mundial, y especialmente a la presencia de bases militares norteamericanas en su territorio.

Esta voluntad de recuperar el papel de potencia regional y global que le corresponde ha permitido ver fuerzas japonesas en escenarios como Camboya o Irak, y buques japoneses colaborando con la operación *Enduring Freedom* o participando en las operaciones contra la piratería en el cuerno de África. Y también ha provocado un mayor interés en los asuntos relacionados con la seguridad y defensa en los gobiernos nipones.

Sin embargo, Japón se enfrenta a varios retos muy difíciles para mantenerse como potencia militar a tener en cuenta en el futuro. Uno de ellos es el estancamiento económico y demográfico que el país sufre desde hace quince años, consecuencia en parte de sus restrictivas políticas de inmigración. Si los gobiernos japoneses no consiguen salir de ese pantano en un plazo corto, el país puede entrar en una espiral de decadencia que lo convierta en potencia moribunda en pocas décadas.

Corea del Sur: el poder militar fruto de un conflicto interminable

Las dos Coreas han permanecido en un estado de guerra potencial desde 1953. Durante ese periodo, Corea del Norte se ha convertido en el último representante de un régimen comunista de corte estalinista progresivamente enajenado. Utilizado por China, y eventualmente por Rusia, como testaferrero de su política exterior más comprometida y polémica, el régimen se ha convertido en un verdadero vivero de la proliferación nu-

(2) AWACS :Airborne Warning and Control System (Sistema Aerotransportado de Alerta y Control)

clear y de misiles balísticos. Y los excesos de sus dirigentes han terminado por alarmar incluso a sus valedores. Aunque una respetable potencia militar sobre el papel, el régimen de Pyongyang tiene todo el aspecto de un gigante con pies de barro, que difícilmente escaparía al colapso en caso de una confrontación militar de entidad.

Corea del Sur, sin embargo, se ha convertido en un país próspero y democrático, y en uno de los líderes del auge económico asiático. Aunque su seguridad frente a una eventual agresión de su vecino del Norte siempre ha estado garantizada por EEUU, que todavía mantiene desplegados unos 28.000 soldados en territorio coreano, los sucesivos gobiernos de Seúl han procurado hacerse con un poder militar propio.

Actualmente Corea del Sur posee un potente ejército de tierra con casi medio millón de efectivos bien equipados y entrenados, que despliegan frente al millón de soldados norcoreanos situados al otro lado de la frontera. Su fuerza naval, se encuentra en pleno proceso de expansión, al igual que su fuerza aérea, y este mismo año se ha producido el primer ensayo de un cohete capaz de situar satélites en órbita.

La evolución de Corea del Sur como potencia militar está muy sujeta a la evolución de su relación con Corea del Norte. Si el régimen de Pyongyang llega a colapsarse, o se produce un proceso de integración entre ambos estados, se incrementarían las opciones de una Corea unificada como potencia regional, y quizás se produciría un reajuste en las relaciones con sus vecinos. Pero, en cualquier caso, al igual que ocurrió con la reunificación alemana, la integración supondría un esfuerzo tan inmenso que neutralizaría a Corea como potencia económica y militar durante algunas décadas.

Australia: el esbozo de una superpotencia.

Un simple vistazo a la situación y posibilidades económicas de Australia nos muestra que nos encontramos ante una superpotencia en ciernes. Un territorio inmenso, con el «espléndido aislamiento» del que disfrutaron Gran Bretaña y EEUU, un sistema político estable y democrático dentro de un estado muy moderno, recursos naturales muy considerables y situación muy cercana a algunas de las rutas marítimas más importantes del globo. A Australia le falla sin embargo –de momento– su escasa población, y también el hecho de que se trata de un país duro, con grandes desiertos y zonas subtropicales que presentan serias dificultades para el asentamiento de población estable.

En cualquier caso Australia es ya una potencia regional, y tiene muchas opciones de convertirse en el gran árbitro de todo lo que ocurra en el Pacífico Suroriental a corto plazo. De hecho, ya ha jugado este papel en conflictos como los de las islas Fidji, Timor Este, Nueva Guinea o las Salomón. Pero el gran temor de Australia se materializa en la vecina, superpoblada y endémicamente inestable Indonesia. No se trata ya de que se tema una agresión, sino de que cualquier conflicto en el país vecino puede provocar un enorme flujo de refugiados hacia la escasamente poblada Australia, llevando además la inestabilidad asociada a todo gran movimiento de población. De momento Australia se ha convertido ya en un gran receptor de inmigrantes asiáticos.

Las fuerzas armadas australianas han sido tradicionalmente reducidas pero muy eficientes. Los gobiernos del país se han alineado con la política exterior norteamericana en Asia, y contingentes australianos participaron activamente en conflictos como Corea y Vietnam. No obstante, la mala experiencia en este último conflicto condujo a la denominada «Política de Defensa de Australia» (Australian Defence Policy) que primaba la defensa del territorio y los espacios marítimos australianos sobre la proyección exterior de fuerzas. Sin embargo, a finales de los años 90, los gobiernos del Partido Liberal terminaron con esta política y las fuerzas australianas volvieron a desplegarse en diversos conflictos, Irak y Afganistán entre ellos. Pero ha sido el rearme en la región, provocado por el temor al incremento del poder militar chino, el que ha disparado las alarmas en Canberra, y ha motivado el inicio del programa de reforma militar más ambicioso en la historia del país, definido en el Libro Blanco de la Defensa de 2008.

La inevitable pugna entre China y EEUU

EEUU señala a China como la potencia emergente que podría poner en peligro su hegemonía en las próximas décadas. Las predicciones sobre cuándo llegará ese momento varían mucho, definiéndose una fecha entre 2020 y 2050, aunque la mayoría de esos cálculos de futuro se refieren al momento en el que China se situará en una situación de paridad económica, y no necesariamente militar, con Estados Unidos. Existe una cierta inercia en el poder militar, que permite que las superpotencias mantengan su supremacía militar un tiempo después de perder la económica, y probablemente eso sucederá en el futuro con EEUU. El poder militar emergente necesita tiempo para asimilar y desarrollar tecnologías, y para crear una organización y procedimientos que conviertan sus fuerzas armadas en un instrumento global.

La especial relación entre EEUU y China lleva además aparejado un factor de incertidumbre a la hora de prever un choque militar entre ambos. Ambos estados son totalmente interdependientes en los aspectos económicos. EEUU es el gran mercado para los productos chinos; y China el gran sostén para la deuda y la divisa norteamericana. Un conflicto armado sería desastroso para ambos, sin contar con que, en un mundo globalizado, el choque entre las dos principales potencias económicas sería desastroso para todos.

En cuestiones de seguridad, la relación entre ambos estados se ha guiado siempre por la moderación, no exenta de firmeza en los aspectos que ambos consideran esenciales. Tampoco han faltado los incidentes, habitualmente menores, como la citada crisis del Estrecho de Taiwán en 1995-1996, o la captura de un avión estadounidense de guerra electrónica en 2001, tras su colisión en el aire con un caza chino.

Gran parte de la potencial hostilidad entre China y EEUU procede de los problemas de Corea del Norte y sobre todo de Taiwán. Ambos estados han sido utilizados como peones geoestratégicos en la pugna entre las dos superpotencias. Washington se ha servido de Taipei para empeñar gran parte del esfuerzo militar chino en las cercanías de la isla, evitando que pueda emplearse en otros lugares. Algo similar a lo que ha hecho Beijing con Corea del Norte, manteniendo permanentemente ocupadas a las tropas norteamericanas en Japón y Corea del Sur, así como a las fuerzas armadas de ambos estados.

Pero este enfoque geopolítico clásico ha terminado por fatigar a ambas potencias. Corea del Norte se ha convertido más en un problema que en un apoyo para China, alarmada ante las extravagancias del régimen de Pyongyang. EEUU por su parte siempre ha apoyado a Taiwán esperando que se pueda convertir en un caballo de Troya que obligue a evolucionar al régimen comunista continental, pero reconociendo a la vez que solo existe una China. La gradual aproximación del gobierno de Taipei a Beijing en los últimos años hace cada vez más improbable que la isla termine por convertirse en *casus belli* entre los gobiernos norteamericano y chino.

Pero, pese a que no se dan condiciones para un enfrentamiento de entidad entre ambas potencias, resulta casi inevitable que ambas terminen por mantener una pugna por la hegemonía en el Pacífico, e incluso por la penetración de uno en lo que se consideran áreas de influencia del otro. La creciente presencia china en América Central y del Sur no puede por menos que inquietar a Washington, de la misma forma que la presencia

de fuerzas norteamericanas en Japón y Corea del Sur, o los intentos de penetración en Asia Central inquietan a Beijing. No obstante, parece poco probable que esa pugna llegue a traducirse en un enfrentamiento directo de entidad. Y resultaría más esperable que se resuelva a través de una combinación de crisis menores y negociaciones, o incluso mediante un enfrentamiento indirecto a través de terceros, como viene ocurriendo en la Península Coreana.

Desde un punto de vista militar, a China le queda un largo trecho para poder desafiar abiertamente a Washington. Pero ha avanzado considerablemente en la creación de unas capacidades militares que harían muy costoso para EEUU un enfrentamiento militar con China. La estrategia de Beijing, que podría definirse como «disuasión económica» busca construir un instrumento militar que garantice el respeto a su territorio e intereses, intentando a la vez no afrontar un gasto excesivo ni alarmar excesivamente a sus vecinos o a EEUU.

EL INCREMENTO DEL PODER MILITAR CHINO Y LAS REACCIONES DE SUS VECINOS

La evolución de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación en la última década

Para comprender la evolución de la estrategia militar china en la última década habría que señalar el shock que supuso la intervención norteamericana en la crisis del Estrecho de Taiwán en 1995-1996. Por aquel entonces el régimen chino se mostraba extremadamente agresivo con la isla, y con la política independentista de su presidente Lee Teng Hui. En 1995 se realizaron una serie de ensayos con misiles balísticos frente a Taiwán, que se repitieron en la primavera de 1996, coincidiendo con las elecciones presidenciales en las que Lee se presentaba para su reelección. El anuncio de un gran ejercicio de asalto anfibio en la zona hizo que se incrementase dramáticamente la tensión tanto en Taipei como en Washington.

El gobierno norteamericano envió a la zona dos grupos aeronavales, con los portaaviones *Nimitz* e *Independence*. El despliegue mostró por un lado, que EEUU se mostraba comprometido en la defensa de Taiwán, si China amenazaba con el uso de la fuerza; y por otro, mostró a las Fuerzas Armadas Populares de Liberación, lo inadecuado de su equipamiento para afrontar una batalla aeronaval en el Estrecho de Taiwán contra la US Navy.

A partir de ese momento, la mayor parte del esfuerzo militar chino se orientó precisamente a adquirir las capacidades que le permitiesen afrontar esa batalla con garantías. Se adquirieron cuatro destructores antiaéreos rusos *Sovremeny*, se desarrolló una aviación naval, especializada en el ataque a buques de superficie, se reforzó la flota submarina con buques *Kilo*, también adquiridos en Rusia, y se aceleró el desarrollo de aviones de alerta temprana (AWACS) y misiles de crucero, entre otros proyectos. La disuasión de cualquier veleidad independentista por parte del gobierno taiwanés se reforzó mediante el progresivo despliegue de centenares de misiles balísticos en la zona costera cercana a la isla.

Hasta los años 80 del siglo pasado, la absoluta concentración en la defensa del territorio y las fronteras chinas había cargado el peso de la organización militar sobre el ejército de tierra. Aunque equipado con materiales anticuados y muy ligeros, el ejército podía convertirse en un serio problema para cualquier adversario, debido al enorme número de combatientes que podía movilizar, su indiferencia ante las bajas, y sus tácticas móviles, herencia tanto de la guerra revolucionaria como de los procedimientos utilizados por las fuerzas japonesas en el largo conflicto con China.

Pero ahora China necesitaba algo más que masas de entusiastas y disciplinados combatientes si quería obtener algún resultado frente a unas fuerzas armadas norteamericanas en plena revolución tecnológica. La necesidad de adaptación provocó un resurgir del pensamiento militar chino. Los expertos militares de Beijing examinaron con lupa la «revolución en los asuntos militares» que se había producido en los años 80 y 90 del siglo XX, y crearon su propia versión adaptada a las características chinas: la denominada *Unrestricted Warfare* (Guerra sin Restricciones).

Este modelo no renunciaba a las enseñanzas de la guerra revolucionaria. Las fuerzas terrestres utilizarían su masa, su movilidad y el apoyo de la población para llevar a cabo operaciones que mezclarían aspectos convencionales e irregulares. Pero China debería ser capaz de subirse al tren de la revolución tecnológica si aspiraba a batir a un adversario occidental. Conscientes de que la paridad en tecnología militar con EEUU tardaría décadas en alcanzarse, los teóricos chinos aconsejaron desarrollar las tecnologías «disruptivas» para anular la ventaja enemiga. Entre ellas se encontraban los ataques cibernéticos, la guerra electrónica, los sistemas antisatélites y la guerra de la información orientada a influir sobre la opinión pública del adversario.

El renacimiento del pensamiento militar vino acompañado de un ambicioso programa de reformas militares. Los presupuestos de defensa crecieron espectacularmente en la primera década del siglo XXI, incrementándose entre el 12 y el 15% anual. Sin embargo, este crecimiento es más teórico que real, y se ha debido en gran medida a los intentos del régimen por «blanquear» sus gastos de defensa. Las fuerzas armadas chinas son propietarias de industrias, explotaciones y granjas cuyos beneficios revertern en la institución sin contabilizarse oficialmente como gastos de defensa. El gobierno pretende terminar con este sistema progresivamente, lo que explica en parte el aparentemente espectacular crecimiento del gasto en defensa. Sin embargo, casi todos los centros de estudio coinciden en que el gasto militar chino es todavía muy superior al oficialmente declarado, y con seguridad es el segundo mayor del mundo. En 2009 el presupuesto oficial de defensa ha alcanzado los 70.000 millones de dólares (3), pero bien puede superar holgadamente los 100.000 millones, según los cálculos del Departamento de Defensa norteamericano (4).

Pese a lo abultado de estas cifras China sigue gastando en defensa relativamente poco. El gasto oficial en 2009 representa apenas el 1,45% del PIB previsto para ese año. E incluso teniendo en cuenta los cálculos más elevados sobre el presupuesto militar oculto, el porcentaje total no llegaría al 3%, muy lejos del 4% actual de EEUU. Los dirigentes de Beijing parecen dispuestos a realizar esfuerzos para reducir el diferencial militar con su potencial oponente norteamericano, pero de ningún modo parecen interesados en dilapidar los beneficios del auge económico en una desbocada carrera de armamentos.

Sin embargo, aunque el crecimiento del poder militar chino puede calificarse de moderado, y los dirigentes chinos se esfuerzan en tranquilizar a sus vecinos sobre sus intenciones, resulta inevitable que éstos se sientan alarmados. El crecimiento económico chino es de una magnitud enorme, y si no sucumbe víctima de sus propios desequilibrios puede llegar a alumbrar un poder militar sin parangón en la Historia. Y pese a la tradición defensiva de la estrategia china y la aparente moderación de sus dirigentes, resultará inevitable que el poder militar termine por emplearse contra los intereses de sus vecinos. Así pues, se están produciendo reac-

(3) *China's defence budget to grow 14,9 % in 2009*. China Daily, 04 Marzo 2009. Consultado en http://www.chinadaily.com.cn/china/2009-03/04/content_7535244.htm

(4) *Military Power of the People's Republic of China 2008*. Office of the Secretary of Defence. Consultado en <http://www.defenselink.mil/pubs/pdfs/070523-China-Military-Power-final.pdf>

ciones en todas las potencias asiáticas que hacen presagiar una carrera de armamentos de cierta magnitud en la región. Y la mayor parte de esta competición armamentística va a tener lugar a corto y medio plazo en el área del poder naval.

La expansión del poder naval

En los años 90 del pasado siglo la flota china era, como su fuerza aérea, tan enorme como anticuada. La mayoría de los buques se basaban en diseños soviéticos, o copiaban alguna de sus tecnologías con gran dificultad. El desarrollo de la marina soviética se produjo ya bien entrados los años 60, cuando la relaciones con China se habían deteriorado significativamente, por lo que la flota china no pudo beneficiarse de los avances tecnológicos incorporados en los buques soviéticos de los años 70 y 80. Esta carencia se había compensado en parte con la transferencia limitada de tecnología occidental, especialmente francesa, en los años 80. Pero después de Tian Anmen esta posibilidad quedó también anulada.

La flota era por supuesto incapaz de mantener presencia permanente en alta mar, y sus funciones esenciales eran la vigilancia de costas y la contribución a mantener la presión sobre Taiwán. La única excepción relativa a este panorama era la pequeña flotilla de submarinos nucleares. Utilizando tecnología propia y cierto apoyo francés, China consiguió botar cinco submarinos nucleares de ataque (SSN) tipo *Han* entre 1970 y 1990. Y también dos submarinos lanzamisiles balísticos (SSBN) tipo *Xia* en los años 80, de los que uno se perdió en un accidente. Todos ellos presentaban tal cantidad de fallos y limitaciones que rara vez abandonaron las aguas territoriales, pero su mera existencia era ya una señal de la vocación china como potencia naval.

En los años 90 comenzaron los programas para construir una nueva generación de submarinos nucleares más fiables. En esa época era de nuevo posible contar con tecnología rusa, y el resultado se ha materializado en los SSN clase *Shang* (tipo 93) y los SSBN clase *Jin* (tipo 94). Aunque las informaciones sobre la entrada en servicio de estos nuevos submarinos son bastante confusas, parece ser que quizás dos de los primeros estarían ya en servicio y los últimos comenzarían a botarse en 2009-2010.

Junto a los programas de submarinos nucleares el programa más conocido de la flota china es la adquisición y puesta en servicio de cuatro destructores rusos clase *Sovremenny*. Más que el valor de los buques en sí, el programa *Sovremenny* ha supuesto una gran oportunidad para que

la marina china pueda trabajar y adquirir experiencia en el equipamiento y servicio de buques avanzados. Otro producto adquirido a Rusia por las mismas fechas (finales de los años 90), fue el submarino de propulsión diesel clase *Kilo*, del cual se han comprado unas doce unidades.

La marina china ha desarrollado también productos propios. Los más conocidos son los destructores tipo 52 y las fragatas tipo 54. El procedimiento habitual es desarrollar sucesivas versiones de cada uno de estos tipos principales, construyendo un número limitado de unidades de cada versión. Con frecuencia no más de dos. Esto indica que, de momento, la prioridad es experimentar con la construcción de buques cada vez más avanzados hasta alcanzar un nivel de calidad satisfactorio. Probablemente no se procederá a la construcción masiva de buques más homogéneos hasta que este nivel de calidad se haya alcanzado.

Pero el indicativo más claro de que China está dispuesta a proyectar el poder naval mucho más allá de sus aguas territoriales sería el desarrollo de buques anfibios y portaaviones. En cuanto a los primeros ya sorprendió la botadura del primer buque anfibio tipo 71 en 2006, mientras que otro se encuentra en construcción. Se trata de buques de más de 20.000 toneladas, capaces de transportar un batallón de infantería de marina apoyado por unos 20 vehículos blindados de asalto anfibio y cuatro helicópteros.

En cuanto a los portaaviones siempre ha existido cierto oscurantismo acerca de las intenciones chinas. En 2002 China recibió el portaaviones ruso *Varyag*, un clase *Kuznetsov* de 67.000 toneladas, desprovisto de la mayor parte de sus equipos. El buque está actualmente fondeado en el puerto de Delian, y parece que está siendo estudiado por los ingenieros navales chinos. En la primavera de 2009 se han realizado diversas declaraciones por parte de algunos responsables oficiales de las que puede deducirse que existen intenciones de construir portaaviones para la próxima década (5). Y esta impresión se refuerza por los rumores de compra a Rusia de cazas Su-33, adaptados para operar desde este tipo de buques.

Así pues, el poder naval chino se encuentra en un periodo de experimentación y desarrollo. La próxima década presenciará una consolidación de ese poder, pero probablemente habrá que esperar hasta más allá de

(5) Declaraciones en este sentido fueron hechas por el Jefe de Estado Mayor de la Armada China en abril de 2009, y por el Ministro de Defensa en marzo del mismo año. <http://www.globalsecurity.org/military/world/china/cv.htm>

2020 para que China disponga de una apreciable capacidad de proyección de su poder naval hacia el Índico y el Pacífico.

Pero los signos de alerta no proceden sólo de los programas de construcción naval. China lleva décadas practicando una estrategia de presencia más allá de sus aguas territoriales, mediante el establecimiento de bases e instalaciones navales y estaciones de vigilancia en lo que considera sus rutas marítimas vitales. En el Índico ha creado el denominado «collar de perlas», un rosario de bases que asegura la comunicación con Oriente Medio y África. Cada una de las perlas puede ser una pequeña estación de vigilancia y escucha, como las situadas en las islas Paracel o Spratly, una gran base naval, como la construida en Gwadar, Pakistán o instalaciones portuarias como las utilizadas en Birmania y Bangladesh (6).

En los últimos años se ha confirmado el proyecto de construcción de un puerto financiado por China en Hambantotta, en el sur de Sri Lanka, proyecto en el que Beijing invierte mil millones de dólares. El apoyo militar del régimen chino al gobierno de Sri Lanka, que ha resultado decisivo para aplastar a la guerrilla de los Tigres Tameses, parece haber obtenido sus frutos estratégicos.

Si en el Índico la presencia china se refuerza de forma pacífica y constante, en el Océano Pacífico la expansión ha sido menor, aunque más agresiva. China mantiene contenciosos con Japón, Vietnam, Filipinas, Malasia y Brunei sobre los límites de su zona económica exclusiva. En algunos casos estas disputas han terminado en enfrentamientos armados, como ocurrió en 1974 con Vietnam del Sur por el control de las Islas Paracel. Los archipiélagos de Paracel y Spratly, situados en el Sur del Mar de China resultan vitales para los intereses de Beijing, pues permiten consolidar la presencia militar china en las cercanías del Estrecho de Malaca, por donde circula gran parte de las importaciones de productos energéticos para el consumo nacional. Pero para EEUU lo más preocupante son los planes de futuro de la flota china. Si actualmente sus actividades se centran en el denominado «Primer Cinturón de Islas» que abarca una línea entre Japón y Filipinas, en el futuro se contempla un «Segundo Cinturón», que llegaría desde las Aleutianas hasta Nueva Guinea, englobando la gran base aeronaval de EEUU en Guam (7).

(6) Pehrson, Christopher, *String of Pearls. Meeting the challenge of China rising power across the Asian littoral*. Strategic Studies Institute, 2006. Consultado en <http://www.StrategicStudiesInstitute.army.mil/>

(7) *Military Power of the People's Republic of China 2008*. Office of the Secretary of Defence. p. 25. Consultado en <http://www.defenselink.mil/pubs/pdfs/070523-China-Military-Power-final.pdf>

Las reacciones en la región

Resulta evidente que tales desarrollos y proyectos en la estrategia naval china no pueden dejar indiferentes a sus vecinos asiáticos. Quizás el estado más afectado es la India, que se ve directamente amenazada por la presencia china en el Índico, y un tanto agobiada además por el auténtico cerco, suave pero consistente, que los dirigentes de Beijing están tejiendo a su alrededor. Al tradicional apoyo al enemigo pakistaní, se unen las crecientes relaciones chinas con Sri Lanka, Bangladesh o el régimen militar de Birmania.

India se encuentra actualmente inmersa en un ambicioso programa naval, que debería llevar a la puesta en servicio de tres submarinos nucleares lanzadores de misiles balísticos. Asimismo, está previsto el alquiler de otro submarino nuclear de ataque ruso, clase *Akula*. La marina militar india, que ya cuenta con un portaaviones, planea además construir otros tres de 40.000 toneladas, con apoyo ruso, que entrarán en servicio entre 2014 y 2020. Mientras tanto, para sustituir a su veterano portaaviones de construcción británica, Nueva Delhi ha comprado el *Admiral Gorshkov* a Rusia.

Pero el programa naval indio va mucho más allá de la adquisición de submarinos o portaaviones. De hecho hay 35 buques militares actualmente en construcción o proceso de adquisición, entre ellos destructores, fragatas, y submarinos convencionales *Scorpene* de fabricación francesa. Todo ello va a convertir a la flota india en una de las más potentes del mundo hacia 2020; muy capaz de disputarle la supremacía en el Índico a la flota china. Pero este ambicioso programa de rearme puede resultar oneroso para un país como India, que no dispone ni de la potencia económica, ni de las perspectivas de crecimiento a corto plazo de China. En 2009 el presupuesto de defensa llegará al 3% del PIB, y sin duda aumentará en la próxima década, suponiendo un pesado lastre para un estado que todavía mantiene al 20% de su enorme población en un estado de malnutrición crónica (8).

Japón y Corea del Sur también se sienten directamente amenazados por el incremento del poder naval chino. Y en ambos casos se trata de estados con un considerable potencial en el campo de la construcción naval. De hecho Japón es el primer constructor de buques del mundo, y Corea

(8) UNICEF. *Objetivos de Desarrollo del Milenio*. Consultado en <http://www.unicef.org/spanish/mdg/poverty.html>

del Sur el segundo. Ambos se pueden beneficiar además de la tecnología militar norteamericana.

La flota coreana se encuentra inmersa en un proceso de modernización iniciado en 2001, cuando el presidente Kim Dae Jung anunció un ambicioso programa de construcción naval. El objetivo final es que hacia 2020 se disponga de tres grupos móviles de alta mar, compuestos cada uno por un portahelicópteros, seis destructores, al menos dos de los cuales irían equipados con el sistema AEGIS, y un número de fragatas y submarinos convencionales. Además, no se excluye la compra de los nuevos aviones J-35 JSF norteamericanos para su utilización desde los portahelicópteros.

Japón ha seguido un programa más sostenido de reforma naval, afectado por las ya mencionadas limitaciones al equipamiento con sistemas ofensivos. Eso hace que, pese a su imponente flota de destructores y fragatas, y a sus considerables capacidades antisubmarinas y de limpieza de minas, la flota japonesa carezca de elementos adecuados para actuar fuera de su zona económica exclusiva. No obstante, la reciente botadura de los destructores portahelicópteros clase *Hyuga* ha reabierto el debate sobre la naturaleza defensiva de la flota japonesa. Los buques, que pueden llevar a bordo hasta 11 helicópteros, resultan sospechosamente parecidos a los portaaviones europeos, e incluso disponen de rampa de despegue *sky-jump* para la utilización de aviones embarcados de ala fija. Teniendo en cuenta que Japón está también estudiando la adquisición del J-35, los tres destructores *Hyuga* podrían suponer una opción para que Japón desplegara aviones embarcados por primera vez desde la II Guerra Mundial.

Los programas de Japón y Corea son limitados en sus ambiciones, resultan fácilmente sostenibles por las economías de ambos países, y se benefician de una tecnología de momento superior a la utilizada en los programas chino e indio. Por todo ello, el papel de las flotas japonesa y coreana no debe ser subestimado, suponiendo el mayor reto al que se enfrenta la flota china del Pacífico, después de la VII Flota norteamericana.

Por último, Australia también ha emprendido un ambicioso programa de rearme, igualmente orientado hacia la potenciación del poder naval. Algunos de sus proyectos son muy conocidos en España, pues se realizan con la participación de la empresa Navantia. Es el caso de las tres fragatas F-100 con sistema AEGIS actualmente en construcción, o de los dos buques de proyección estratégica clase *Canberra*, gemelos del buque espa-

ñol «*Juan Carlos I*». Pero el mayor esfuerzo se va a realizar en la formación de toda una nueva flota submarina, enteramente construida en Australia. Los buques, de los que se pondrán en servicio 12 hasta 2025, serán de propulsión convencional, pero estarán equipados con misiles de crucero y con modernos sistemas de robots submarinos autónomos.

En resumen, en los próximos quince años el Pacífico y el Índico van a presenciar un aumento sustancial de los buques de guerra que surcan sus aguas. Y la mayoría de ellos no van a ser norteamericanos. La experiencia histórica muestra cómo la concentración de varias potentes flotas de alta mar en un área regional constituye casi siempre una fuente de conflictos. Y especialmente cuando dichas flotas coinciden en una serie de áreas clave como pueden ser los Estrechos de Malaca, las rutas del Índico hacia el Golfo Pérsico o el Mar del Japón.

De todas las potencias navales asiáticas, China es la que más posibilidades tiene a largo plazo, y la que practica una estrategia más racional y sostenible. Sin embargo, en el corto plazo no lo va a tener fácil para imponerse a las potentes flotas que se están organizando a su alrededor, y no parece probable que China se muestre de momento especialmente agresiva fuera de su zona económica exclusiva, a no ser que vea peligrar su abastecimiento de productos esenciales.

La carrera por el control del espacio

En un conflicto moderno gran parte de las capacidades de una fuerza armada dependen de la disponibilidad y el acceso a satélites de comunicaciones, de inteligencia o de posicionamiento global, entre otros. El rearme en Asia no ha ignorado en absoluto las ventajas del uso militar del espacio.

Como en otros sectores de la defensa Rusia ha jugado de nuevo el papel de suministrador de tecnología. La infraestructura heredada de la URSS ha colocado a Moscú en la primera fila de la carrera espacial mundial y, aunque EEUU sigue disponiendo de una tecnología espacial más avanzada, Rusia ha desarrollado capacidades más modestas pero más prácticas, y las ha orientado en gran medida a las necesidades internacionales. Así por ejemplo, el sostenimiento de la Estación Espacial Internacional no depende hoy de las costosas lanzaderas norteamericanas, sino de las naves automáticas de carga *Progress*, que Moscú opera desde el polígono espacial de Baikonur, en Kazajstán.

Evidentemente China e India han perseguido en las últimas décadas desarrollar un programa espacial propio, y en ambos casos se ha recurrido de una u otra forma a Rusia para conseguir la tecnología necesaria. China fue ya capaz de poner en órbita sus propios satélites en la década de los 70, aprovechando los resultados obtenidos en las pruebas para desarrollar misiles nucleares intercontinentales (ICBM). En los años 80, durante su breve luna de miel con Occidente antes de Tian Anmen, China utilizó su disponibilidad de propulsores para ICBM para colocar en órbita satélites no solo propios, sino también europeos. En los 90, la renovada colaboración con Rusia llevó a la creación de la Agencia Espacial China, y en 2003 China consiguió lanzar su primer vuelo tripulado al espacio.

A día de hoy China ha lanzado con éxito más de un centenar de satélites, con funciones de inteligencia, comunicaciones, meteorología, posicionamiento e investigación. Está previsto que en 2015 el país disponga de su propio sistema de posicionamiento global «Compass», del cual se ha lanzado el segundo satélite en 2009. Hay proyectos para construir una estación espacial hacia 2020, y es muy posible que se emprenda una misión de circunnavegación lunar antes de 2020.

Pero el proyecto que más inquietud ha causado, tanto entre sus vecinos como en EEUU ha sido el ensayo de destrucción de un satélite en órbita, realizado con éxito en 2007. El satélite era un modelo chino averiado, y fue destruido por un vehículo interceptor, lanzado por una versión perfeccionada del cohete D-21. La prueba demostró que China estaba en condiciones de poner en serio peligro la ventaja norteamericana en la utilización militar del espacio en caso de conflicto.

Como es lógico, India no podía permanecer impasible ante los progresos espaciales chinos. Aprovechando la ayuda soviética y su propia experiencia en cohetes propulsores, consecuencia del programa de misiles balísticos, India trabajó para disponer de una capacidad propia de lanzamiento, y en 1979 se puso en órbita el primer satélite desde el centro espacial de Bangalore. Vinieron luego la serie INSAT de satélites de telecomunicaciones y la IRS de satélites de observación. Actualmente India ha desarrollado con apoyo ruso un pujante programa espacial, uno de cuyos últimos logros ha sido el lanzamiento del satélite *Chandrayaan-1*, que ha circunnavegado la Luna en 2009 encontrando posibles trazas de agua en su superficie.

Pero tanto Japón como Corea del Sur han iniciado también sus programas espaciales. El primero ha mantenido un gran nivel tecnológico en las

últimas décadas, gracias en parte a la colaboración de la agencia espacial japonesa (JAXA) con la NASA norteamericana, y en parte a tecnología propia. Japón ha destacado en el diseño de satélites científicos y en las investigaciones sobre el viento solar como propulsor de naves espaciales. No obstante, muchos de los proyectos japoneses relacionados con la observación terrestre y las comunicaciones tienen obviamente aplicación militar.

En cuanto a Corea del Sur ha desarrollado recientemente un ambicioso programa espacial con ayuda rusa. De momento está desarrollando un centro de lanzamiento espacial en Gohegung y prevé adquirir la capacidad autónoma de lanzamiento de satélites antes de 2015.

Así pues, la carrera espacial parece duplicar a la de construcción naval en Asia, en una pugna por lograr ventajas estratégicas. Resulta curioso que entre 2020 y 2030 tanto China como India y Japón hayan desarrollado proyectos de misiones tripuladas a la Luna, con previsiones incluso de construcción de bases permanentes, lo cual podría trasladar la competición geopolítica asiática a nuestro hasta ahora apacible satélite.

EL INTEGRISMO ISLAMISMO COMO FACTOR DE DESESTABILIZACIÓN

El Islam nació en las regiones más occidentales del Continente asiático, y en poco tiempo llegó hasta las fronteras de China en Asia Central, y hasta los confines de la India. En un segundo periodo de expansión, iniciado en el siglo XIII, los comerciantes indios primero, y malayos después, introdujeron el Islam en Malasia, Indonesia y Filipinas.

Tradicionalmente, tanto el Islam de Asia Central como el del Sudeste asiático han mantenido tendencias moderadas, aunque con esporádicos brotes de integrismo, sobre todo cuando la fe musulmana se ha utilizado como seña de identidad en la lucha contra pueblos de otras religiones, entre ellos los europeos. Esa moderación resultó muy afectada en la segunda mitad del siglo XX debido a la influencia de dos grandes movimientos de reivindicación de un islamismo más próximo a los orígenes y más militante con las influencias externas: por una lado la revolución islámica iraní, y por otro los movimientos extremistas surgidos en la lucha de Pakistán contra la India.

En ambos casos se utilizó el integrismo islámico como una herramienta de movilización popular, superpuesta a problemas de tipo social y económico, como eran los existentes en el régimen del Sha Reza Palhevi, o a rei-

vindicaciones nacionalistas como es el caso de Pakistán frente a la India. Con el tiempo, esto ha provocado una generalización del uso de integrismo islámico como banderín de enganche para todo tipo de descontentos. Y los movimientos integristas se han convertido en un factor oportunista de desestabilización, superpuestos a problemas étnicos, económicos, o de articulación de estados.

El foco occidental: Pakistán, Afganistán y Asia Central

Para Pakistán el concepto de Yihad forma parte de su propia esencia. Nacido como refugio de musulmanes, en un entorno de brutales matanzas étnicas, el estado pakistaní se ha desarrollado en una situación de constante conflicto con su vecino indio. El Islam es seña de identidad y factor de cohesión de un país por otra parte variopinto en cuanto a razas y culturas, y muy difícil de articular.

Para un estado que promueve la Yihad resulta lógico fomentar las actividades de grupos religiosos integristas. Esto ha convertido a Pakistán en un vivero de grupos islámicos a cuál más extremista; desde los grupos deobandis como *Jamaat e Islami*, hasta los wahabitas llegados de Arabia Saudí, el grupo *Lashkar e Taiba* que actúa en la Cachemira india o el movimiento talibán. Muchos de estos grupos han dedicado un notable esfuerzo al adoctrinamiento de la juventud a través de la construcción y gestión de una densa red de escuelas coránicas (madrazas).

La invasión soviética de Afganistán en los 80 fomentó aún más el espíritu de Yihad. Miles de combatientes extranjeros llegaron a la frontera entre Afganistán y Pakistán, donde se organizó la resistencia contra la ocupación soviética con el apoyo de EEUU, Arabia Saudí y las propias autoridades pakistaníes. Diferentes versiones radicales del Islam se asentaron en las zonas fronterizas, habitadas por belicosas tribus *pashtún* que mantenían una notable autonomía respecto al gobierno de Islamabad.

En los años 90 las autoridades pakistaníes aplicaron de nuevo su política habitual de orientar la agresividad *pashtún* hacia Afganistán, utilizándola como instrumento para el control del país vecino. Combinando el auge del integrismo islámico con la tradicional combatividad *pashtún*, los servicios de seguridad pakistaníes contribuyeron a crear el movimiento talibán. Equipados, organizados y entrenados en Pakistán, los talibán penetraron en las zonas pashtún de Afganistán y se expandieron rápidamente aprovechándose del caos reinante en el país. En 1999 dominaban la mayor parte del territorio afgano, pero su propio extremismo, y su relación

con movimientos yihadistas internacionales, como Al Qaeda, terminaron por provocar su ruina. La implicación de Al Qaeda en los atentados del 11-S, y la certeza del apoyo talibán al grupo terrorista provocaron la intervención militar norteamericana en 2001 que terminó con el régimen de los estudiantes islámicos.

Pero para entonces el integrismo nacido en Pakistán, del cual los talibán eran la manifestación más conocida, se había extendido ya por toda Asia Central. Los voluntarios que habían combatido contra los soviéticos en los 80 habían regresado a sus lugares de origen, organizando allí grupos integristas violentos. Muchos de estos grupos continuaron luchando en Afganistán a favor del gobierno talibán, y la mayoría de ellos sufrieron un duro castigo en 2001, cuando el desplome del régimen dejó a muchos militantes atrapados en la zona Norte del país, rodeados de milicias rivales.

Este fue el caso por ejemplo del Movimiento Islámico de Uzbekistán, que jugó un papel importante en los conflictos de la región, moviéndose entre las minorías uzbekas distribuidas entre los estados surgidos de las repúblicas ex-soviéticas. Sus militantes combatieron en la guerra civil de Tayikistán (1993-1997), lanzaron incursiones sobre Kirguizistán en 1999-2000 y quizás participaron en los disturbios de Andijan, en Uzbekistán, que en 2005 pusieron en aprietos al régimen del Presidente Karimov, finalizando con la muerte de cientos de personas.

Un grupo similar fue el Movimiento Islámico de Turkeistán del Este (Xinjiang) El grupo explotó el descontento de la población uighur musulmana de Xinjiang para introducir un islamismo reivindicativo. No obstante, nunca consiguió un gran respaldo popular, aunque se le atribuyen varios atentados en Xinjiang en los años 90, y está probado que actuaba en Afganistán en apoyo del movimiento talibán en 2001.

Sus actividades y su importancia real son confusas, pues el régimen chino tiende a atribuirles cualquier incidente violento, presentando así a los grupos independistas uighures como terroristas vinculados a Al Qaeda. Hoy en día aún hay uighures combatiendo en Afganistán y Pakistán, aunque no está claro que el grupo se encuentre operativo en el interior de China. Los disturbios de Urumqui en 2009, que terminaron con la muerte de quizás 200 personas no parecen estar relacionados con el islamismo radical, sino con las tensiones provocadas en la población local por la masiva afluencia de inmigrantes chinos de etnia han. De hecho, las propias autoridades chinas no han culpado de estos disturbios al Movimiento

Islámico de Turkestán del Este, sino al Consejo Nacional Uighur, una organización nacionalista en el exilio, sin ninguna vinculación con el integrismo islámico.

Pero donde el islamismo radical se ha convertido en el mayor factor de desestabilización es en el propio Pakistán y en su vecino Afganistán. Pese a la derrota de 2001, los restos del movimiento talibán y de sus aliados yihadistas como Al Qaeda consiguieron sobrevivir en las zonas tribales pakistaníes. Hasta 2005 su actividad fue muy marginal, pero en ese año la insurgencia se recrudeció a un lado y otro de la frontera.

En Afganistán, los esfuerzos de la comunidad internacional para estabilizar el país fueron muy reducidos y se resintieron enormemente del cambio en la prioridad estratégica norteamericana hacia Irak. Una gran parte de la población, que había recibido con esperanza a las fuerzas militares internacionales, se vio pronto defraudada por los escasos progresos tanto en seguridad como en reconstrucción y desarrollo. El gobierno establecido en Kabul, bajo la presidencia de Hamid Karzai, consiguió legitimarse en las urnas en 2004, pero nunca fue capaz de superar sus endémicos problemas de corrupción y falta de eficiencia. En esas condiciones, los intentos tanto del gobierno como de las fuerzas internacionales por extender su autoridad a todo el país a partir de 2005 comenzaron a irritar a muchos jefes tribales, especialmente *pashtunes*, que habían permanecido hasta entonces inactivos. En 2006, el despliegue de fuerzas británicas en la provincia de Helmand, corazón del cultivo de opio en el país provocó una auténtica sublevación de las tribus, temerosas de que su principal fuente de ingresos estuviese en peligro.

A partir de ese momento los talibanes, que habían flexibilizado su anteriormente rígida postura sobre el cultivo de estupefacientes, volvieron a ser un aliado a tener en cuenta por los jefes tribales. Eso permitió que abandonasen de nuevo la marginalidad, y que progresivamente consiguiesen aglutinar de nuevo a gran parte de las tribus pashtún en la lucha contra el gobierno de Kabul y las fuerzas extranjeras.

Mientras la inestabilidad se extendía en Afganistán, algo similar sucedía en el territorio de su vecino pakistaní. El régimen militar del General Musharraf, presionado por EEUU, había intentado desde 2002 acabar con la presencia de voluntarios yihadistas extranjeros en su suelo. Pero intentando al mismo tiempo no presionar excesivamente a las tribus locales, que se continuaban considerando como valiosos aliados. Esta estrategia no funcionó demasiado bien, y el resultado fue que la intervención del ejército

pakistaní no pudo erradicar a los movimientos islamistas, pero consiguió irritar profundamente a las tribus locales. En 2007 centenares de soldados habían muerto en los combates, pero la situación en las zonas tribales, especialmente en los distritos de Waziristán Norte y Sur, era tan grave que se acordó una tregua con los insurgentes que dio a éstos el control efectivo del territorio. Ante la desfavorable situación, EEUU comenzó a lanzar ataques en los territorios tribales de Pakistán utilizando aviones no tripulados para eliminar a los líderes de los grupos yihadistas internacionales, y a los jefes tribales pakistaníes que les apoyaban.

La situación quedó fuera de control cuando Musharraf se vio obligado a convocar elecciones legislativas a finales de 2007, y declaró a la vez el estado de excepción. Algunos grupos talibanes pakistaníes como el liderado por Beitullah Mehsud lanzaron una campaña de atentados, uno de los cuales acabó con la vida de la líder de la oposición Benazir Bhutto. El partido de Bhutto ganó las elecciones, obligando a Musharraf a retirarse en 2008, pero la situación de debilidad del nuevo gobierno animó a los talibanes a expandirse fuera de las áreas tribales, llegando a ocupar, en 2009, el distrito de Swat y parte del de Buner, apenas a un centenar de kilómetros de Islamabad.

El avance islamista obligó al nuevo gobierno a reaccionar, lanzando una potente ofensiva que consiguió hacer retroceder a los rebeldes hacia Waziristán. Mehsud murió en un ataque aéreo norteamericano en el verano de 2009. Pero pese a estos reveses, todavía hoy los insurgentes lanzan ataques prácticamente diarios contra las fuerzas del gobierno, y controlan gran parte de las zonas tribales.

La situación en Afganistán y Pakistán supone probablemente una de las mayores amenazas a la estabilidad en Asia Central, que podría tener además repercusiones más globales. Los talibanes, apoyados por toda una constelación de grupos yihadistas, entre los que Al Qaeda es solo el más conocido, han creado una situación tan difícil en Afganistán que EEUU y la OTAN reconocen que sus operaciones pueden terminar en fracaso. El regreso de los talibán a Kabul invertiría la situación tradicional, colocando a Afganistán como base para las operaciones en Pakistán; y podría provocar un conflicto de grandes dimensiones en este último país, que inevitablemente se extendería por el resto de Asia Central, y podría llegar a afectar directamente a la India.

La esperanza radica en que la insurgencia afgana y pakistaní tiene en general más que ver con el irredentismo *pashtún* que con el integris-

mo islámico. Las tribus *pashtún* han utilizado a los talibán y sus aliados cuando les ha interesado, y los han abandonado cuando les ha interesado lo contrario. Nunca han permitido que ningún yihadista extranjero asuma un puesto de cierta responsabilidad dentro de la insurgencia, y es probable que pudieran llegar a aceptar el abandono total del apoyo a los yihadistas a cambio de determinadas concesiones. En ello se basa una parte de la actual estrategia norteamericana, que busca repetir el efecto conseguido en 2001, separando a los jefes tribales del núcleo duro talibán, y relegando a estos, y sobre todo a sus aliados yihadistas, a la marginalidad de nuevo.

El foco oriental. Malasia, Indonesia y Filipinas

El Islam del Sudeste asiático ha vivido en un considerable aislamiento durante mucho tiempo. Sus manifestaciones han sido en general moderadas, pero en las últimas décadas no ha sido en absoluto ajeno a la penetración de elementos más integristas.

Cabe destacar el papel de Malasia en el fomento del integrismo islámico en la región. En cierta manera su influencia es muy similar a la de Arabia Saudí en Oriente Medio. Un estado próspero, que ejerce un estricto control sobre los grupos integristas en su territorio y condena oficialmente el terrorismo por motivos religiosos, pero que ha contribuido en gran medida a la extensión de un islamismo muy primario y agresivo por la región. Malasia, que alberga nutridas minorías chinas e indias, ha utilizado el Islam como factor de unificación nacional, y al igual que ocurrió en Pakistán, esto ha terminado por favorecer una interpretación muy rigorista de la doctrina islámica, abriendo la puerta a movimientos integristas. De momento, esto no ha tenido repercusiones en la estabilidad interna del país, pero ha convertido el territorio malayo en lugar de refugio y captación para grupos que actúan en la región.

Como ocurre en Asia Central, el integrismo islámico se ha comportado como un factor oportunista de inestabilización, asociándose o superponiéndose a otros factores de tensión presentes en cada país. En el Sur de Tailandia, por ejemplo, el integrismo islámico se ha utilizado como catalizador del malestar de la minoría malaya musulmana, que siempre se ha considerado discriminada por la mayoría *thai* budista. En cualquier caso la insurgencia islamista tailandesa es bastante oscura, y sus conexiones con el yihadismo global no están muy claras, aunque algunos grupos menores, como el GMIP cuentan con yihadistas veteranos de Afganistán.

La insurrección en la región sureña de Pattani acumula ya cinco años de incidentes casi diarios y más de 3.000 muertos

Un caso similar es el de la tradicional insurgencia de los musulmanes que habitan en el Sur de Filipinas, los famosos «moros». Se trata de un movimiento muy antiguo, que se remonta a la época de la colonización española, y que combina aspectos étnicos y religiosos. En la década de los 60 los intentos del régimen de Ferdinand Marcos por favorecer los movimientos de población desde la atestada isla de Luzón hacia la menos poblada zona Sur del archipiélago, especialmente la isla de Mindanao, provocaron una reactivación de la insurgencia mora, liderada entre otros por el Frente Moro de Liberación Nacional. La insurgencia persiste todavía, con periodos intermitentes de actividad y treguas.

Inevitablemente grupos más extremistas y ligados al yihadismo global, terminaron por intervenir en el conflicto. El más conocido es *Abu Sayyaf*, que opera en las islas de Jolo y Basilán, aunque también en ocasiones en Mindanao. Se considera que el grupo está vinculado a la *Jemaah Islamiyah* indonesia e indirectamente a Al Qaeda. Tanto es así que EEUU lanzó ya en 2002 una operación de apoyo al gobierno filipino enmarcada dentro de su «Guerra contra el Terrorismo». La operación llegó a implicar a varios cientos de asesores militares, soldados de operaciones especiales y agentes de la CIA, y es la mayor emprendida dentro de ese marco después de Afganistán. *Abu Sayyaf* ha sufrido importantes bajas en ese enfrentamiento y su estructura ha quedado debilitada, aunque todavía sobrevive y mantiene fuerzas para lanzar golpes ocasionales, pero devastadores, como la emboscada que en Agosto de 2009 mató a 23 soldados filipinos en la isla de Basilán.

En Indonesia, el país con mayor número de habitantes musulmanes del mundo, el integrismo islámico ha echado también sus raíces, superponiéndose a los numerosos conflictos étnicos, religiosos y de mera articulación de un estado que tiene dificultades para extender su autoridad por un territorio compuesto por más de un millar de islas. El grupo *Jemaah Islamiyah* se organizó en los años 90, unificando numerosos grupúsculos islamistas entonces existentes en el país. Pronto se le relacionó con Al Qaeda, y de hecho, los atentados de Bali en 2002, y los numerosos ataques contra hoteles e intereses occidentales en Yakarta, han mostrado unas pautas de actuación del grupo muy similares a las de los terroristas liderados por Bin Laden. La *Jemaah* tiene por objetivo crear un estado islámico que reúna los territorios de Indonesia, Malasia, Filipinas Singapur y Brunei. Como otras organizaciones integristas, ha sufrido un duro castigo

en los últimos años, aunque todavía se mantiene activa, y con capacidad para realizar atentados de entidad como los ataques contra los hoteles Ritz y Marriott de Yakarta en 2009.

CONCLUSIONES

La seguridad en Asia durante las próximas décadas tendrá mucho que ver con el ascenso de China al rango de superpotencia, y con las reacciones que eso provoque en sus también poderosos vecinos. Las posiciones de partida son de momento moderadas. China no tiene intenciones de aplicar una política expansionista o agresiva, salvo en aquellos asuntos considerados de interés vital, como su integridad territorial o el libre acceso a recursos y mercados.

Sin embargo, la dinámica tradicional para el crecimiento de una superpotencia llega siempre a un punto en el que ésta se ve forzada a actuar sobre su entorno, a veces violentamente, para garantizar sus intereses. China no escapará probablemente a esta dinámica, como tampoco lo hizo EEUU hace un siglo, pese a sus limitadas ambiciones de potencia mundial. El régimen de Beijing ha comenzado a apreciar en los últimos años las ventajas de la proyección internacional, política y económica, del país. Y ha comenzado a dotarse del instrumento militar que le sirva de respaldo.

La reacción de sus vecinos no se ha hecho esperar, y pese a que las relaciones entre las potencias asiáticas son de momento correctas, se han puesto los cimientos para una carrera de armamentos en la próxima década que no contribuirá precisamente a favorecer la estabilidad de la zona. Concretamente, la generalización de ambiciosos programas de construcción naval llenará el Pacífico y el Índico de potentes flotas en las próximas décadas, que competirán por el control de las líneas de comunicación marítimas, y las áreas ricas en recursos.

Otros factores secundarios continuarán también influyendo en la estabilidad regional de Asia, la mayoría de ellos relacionados con el problema de la articulación de estados que engloban población de etnias y culturas diversas en territorios a veces muy difíciles. En muchos de esos estados en crisis, el islamismo radical continuará ejerciendo un papel oportunista, aprovechándose de situaciones endémicas de conflicto para imponer sus tesis, e implantar sus raíces. En algunos casos, como los de Pakistán y Afganistán, la labor de zapa de los islamistas radicales puede amenazar la

propia existencia de estados viables, provocando crisis de serias implicaciones regionales, y hasta globales.

BIBLIOGRAFÍA

Military Affairs in Asia". Palgrave Macmillan, Hampshire (UK) 2004

MOSS, TREVOR. «*The Asian Space Race*». Jane's Information Group. 2008.
Consultado en:

http://www.janes.com/news/defence/systems/jdw/jdw081024_1_n.shtml

PEHRSON, CHRISTOPHER, «*String of Pearls. Meeting the challenge of China rising power across the Asian litoral*». Strategic Studies Institute, 2006.
Consultado en: <http://www.StrategicStudiesInstitute.army.mil/>

RASHID AHMED, *Jihad: «The Rise of Militant Islam in Central Asia*». Yale University Press. 2002

VARIOS, «*Military Power of the People's Republic of China 2008*». Office of the Secretary of Defence. Consultado en:

<http://www.defenselink.mil/pubs/pdfs/070523-China-Military-Power-final.pdf>

VARIOS, «*The Military Balance 2009*». International Institute for Strategic Studies. Londres 2009.